

CESEDEN

ADAPTACION Y EMPLEO DE LAS FUERZAS TERRESTRES

- por STAN -

(Publicado en "Revue Militaire Générale",
de enero de 1972.

Traducido por el Departamento de Información)



Marzo, 1972

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 62-V

Para muchos autores está condenada una cierta forma de guerra total, por la propia existencia de las armas nucleares. La historia de los últimos 25 años da la razón, ya que son los enfrentamientos no nucleares y las acciones de guerrillas las que han ensangrentado nuestro Planeta. Pero, ¿de qué naturaleza podría ser un conflicto en Europa, y estamos preparados para hacer frente a toda eventualidad?

Las consideraciones que siguen pretenden demostrar que la estructura actual de nuestras fuerzas, y su empleo, provocan un cierto número de cuestiones difíciles, a las que podría hacerse frente de forma totalmente distinta.

Aclaremos bien los conceptos. Alguien dijo que la estrategia tiene por misión la planificación de la coordinación conjunta, de las disposiciones que deben prepararse para asegurar el éxito de una política dada. En el escalón gubernamental, la estrategia fija los objetivos globales, inspirada por la línea de conducta política; en el escalón del teatro de operaciones la estrategia atiende a la conducción de las operaciones. Así, la disuasión, concepto político, forma parte de la estrategia global. Si fuera preciso pasar a la acción, la disuasión daría lugar al empleo de la fuerza; ahora bien, puede existir varias estrategias operativas. Nosotros proponemos una que requiere una organización y empleo de fuerzas diferentes de las que actualmente admitimos.

Para hacer esto, revisaremos sucesivamente la amenaza, los problemas que se plantean y su posible resolución.

* * *

La amenaza puede presentar tres formas: clásica, nuclear y revolucionaria, algunas de cuyas características vamos a considerar.

La guerra clásica de los Seis Días fue, en cierto aspecto, la primera guerra moderna en la que, al menos en las primeras horas, la ciencia ha desempeñado un papel decisivo. El dominio de la información y la electrónica ha precedido y proporcionado la supremacía aérea, que ha determinado la superioridad terrestre. Si se estima que la calidad de los ordenadores en servicio puede decidir en ciertos casos el resultado de una

fase de la batalla -y ésta es la posición del Ministerio de Defensa israelí-, no hay tiempo que perder. Es necesario preparar estas guerras futuras en donde los golpes de audacia preliminares, basándose sobre un equipo científico bien empleado y ejecutados por sorpresa, decidirán la derrota o la victoria.

La guerra nuclear -afortunadamente- sólo la podemos imaginar actualmente, -pero los datos son parentorios. El elemento de potencia lo constituye el fuego nuclear. Hace 25 años eran necesarios masas de carros, de piezas de artillería y de bombarderos, todo lo cual requería una enorme carga logística. Si hay una batalla nuclear, sin embargo, las tropas deberán dispersarse al máximo, pues su concentración e incluso su movimiento, corren el riesgo de ser descubiertos y sometidos al fuego nuclear; además, se produciría parálisis en la retaguardia. Añadamos que, tanto si hay igualdad de fuerzas, como si no somos sorprendidos, es imposible esperar detener a un adversario en la base de partida, si éste lleva la iniciativa, pues siempre podrá concentrar sus medios sobre una parte de nuestro dispositivo. Conviene observar también que al tratar de utilizar el fuego nuclear, nosotros mismos destruiríamos una parte de Europa Occidental.

Igualmente se puede constatar que el "bloqueo nuclear" ha suscitado otras formas de agresión más insidiosas que han llevado a dar al concepto de defensa su carácter global. Entre éstas, la guerra revolucionaria se está desarrollando, evidentemente, desde hace 20 años y ha adquirido métodos y técnicas, en resumen, una cierta eficacia.

Sería culpable por nuestra parte ignorar la importancia de la tesis, según las -cuales la acción subversiva no puede realizarse más que mediante ideologías que creen las situaciones psicológicas favorables a las sublevaciones revolucionarias. Pues la guerra revolucionaria podría ser la forma más probable de las guerras futuras.

No se trata de discutir para saber si la próxima guerra será clásica, nuclear o subversiva, sino que será preciso estar preparados para hacer frente a cualquiera de estas eventualidades. Para hacer más concreta la amenaza, es posible imaginar un conflicto futuro en Europa, basado en un desencadenamiento repentino, utilizando los datos proporcionados por ordenadores y explotando los nuevos recursos bélicos: importancia de la información, exactitud del análisis, y rapidez de ejecución. Esta acción violenta, en principio, aprovechando las ventajas reales de la noche, utilizando medios de paso de gran capacidad y el envolvimiento vertical de las áreas próximas, tendría como finalidad desorganizar el enemigo y facilitar la acción político-subversiva. El arma nuclear no sería más que una baza en suspenso que se añade a una situación de anarquía, que crearía psicosis de temor y anhelos de paz rápida.

¿Estamos preparados para detener tal amenaza que podría materializarse en -- cualquier lugar del territorio?. Es cierto que nos preparamos seriamente para hacer frente a la forma de guerra más peligrosa, según el principio de que "quien puede lo más, puede lo menos", es decir a la guerra nuclear. Pero aquí nos quedan aún observaciones para formular.

En primer lugar, parece que las maniobras en ambiente nuclear de nuestras grandes unidades continúan siendo decididamente clásicas. El que estas maniobras se efectúen sobre el plano o en forma de ejercicios de mandos, -hacemos aquí la observación- de que los rusos pueden realizar sus maniobras a escala real en su volumen-, nos inicia más o menos en las precauciones a tomar contra los fuegos nucleares, pero no se tienen apenas en cuenta enseñanzas sobre sus efectos, netamente psicológicos, ni de los problemas de alerta, de la destrucción del terreno o de la lluvia radioactiva. Se asiste al espectáculo de una acción aliada, de una reacción enemiga, seguida de una contra-reacción, todo llevado a cabo en el mismo campo de batalla, donde luchan los superhombres mecanizados. O bien después de una jornada de combate nuclear, se para la maniobra por no saber como continuarla. Es lo cierto que no tenemos los medios para vencer todas estas dificultades, porque nos ceñimos a los procedimientos clásicos en una guerra que ya no lo es.

Por lo que respecta al empleo de las fuerzas, se acostumbra a definir varias fases: preliminar, para tantear al enemigo; principal, para la acción en fuerza; y posterior, para conseguir la destrucción del adversario. Pero, ¡Cuántas cosas quedan sin resolverse!. ¿Cómo evitar la destrucción de los puestos de mando, que son como pequeñas aldeas llenas de antenas, que provocan su aniquilamiento por el mero hecho de la presencia de quellas?. ¿Cómo realizar el reabastecimiento y el refuerzo sobre un territorio devastado?. ¿Cómo mover considerables contingentes en las zonas destruidas?. -- ¿Qué órdenes hay que dar a la aviación después de haber intervenido?. ¿Cómo evitar el embotellamiento de los itinerarios por la población civil?. ¿Cómo inducir al enemigo a maniobrar, concentrándose, permaneciendo nosotros dispersos para no constituir un objetivo nuclear?. ¿Cómo concebir con realismo la fase final?. Esta lista no exhaustiva de problemas muy difíciles, parece mostrarnos que se queda a la mitad de camino en el estudio de tal tipo de batalla.

Otro aspecto del empleo de las fuerzas es decepcionante. Se dice y repite que la guerra será corta y violenta. Por lo tanto, las unidades serán utilizadas una sola vez, esto supone jugárselo todo a una carta. Las unidades se lanzan a la batalla sin tener previstas su utilización posterior. Se despliegan las grandes unidades y rapidísimamente se lanzan para impedir la invasión del territorio por parte del adversario; éste a su vez piensa, -según dijo el general checo pasado a Occidente, Sejna-, llegar a los Pirineos en cinco días.

Pensamos realmente que no es posible considerar el fuego nuclear como una superartillería. Además, los ejércitos que disponen de fuegos nucleares no pueden tener - las mismas estructuras que las que no las poseen.

* * *

¿Es posible hacerlo mejor de lo que lo venimos haciendo? Preconizamos, muy modestamente, una nueva adaptación de nuestras fuerzas para responder a los principios enunciados hasta aquí, y a sus colorarios, que podemos resumir así:

- la guerra será obligatoriamente de movimiento; el envolvimiento vertical y la utilización de la sorpresa, (sobre todo de la noche) serán preceptivos; esta guerra exigirá una lucha de nervios mucho mayor que en el pasado.
- la victoria será siempre en equipo, como lo han probado los últimos grandes conflictos; para ganar, es preciso emplear los nuevos medios técnicos e integrarlos en la estrategia.
- el peligro está en todas partes; el sistema de mando debe evitar la paralización y para ello debe estar perfectamente informado.

Partiendo de estas ideas simples, en principio será preciso seleccionar la entidad de los combatientes que podría agruparse en unidades tipo comando, parcialmente - aeromóviles, fuertemente equipadas con medios contracarro y de detección. Estas unidades se verían libres de una cadena logística muy pesada, y podrían sobrevivir gracias a un apoyo aéreo logístico y a un apoyo de fuegos a petición. Constituirían el esqueleto de las brigadas, que se compondrían también de otras de artefactos tierra-tierra, ABQ y de vehículos blindados.

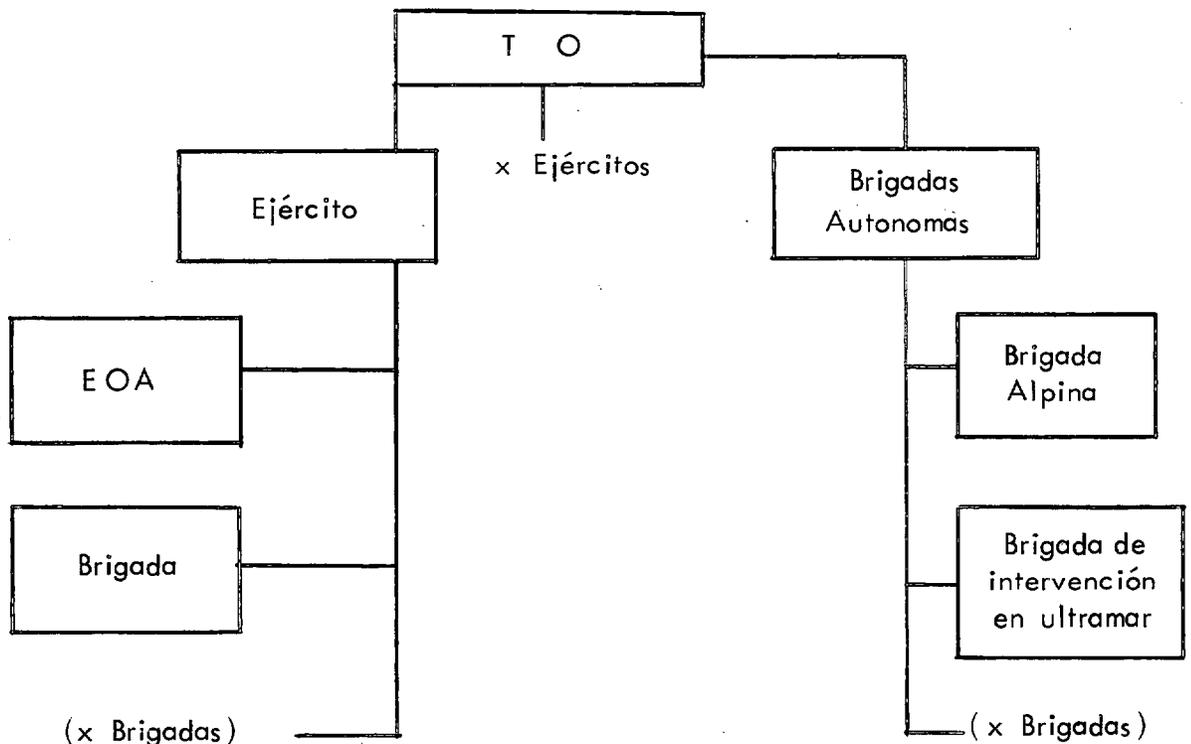
Las brigadas tenderían a tener un tipo único, lo que evitaría una diferencia -- muy acusada entre fuerzas de maniobras y territoriales. Hay una tendencia muy grande a considerar a las primeras como las más escogidas. Es cierto que el nombre de las segundas nos recuerda demasiado aquellas unidades que guardaban a retaguardia las vías fe- rreas, durante la primera guerra mundial, o más recientemente en Argelia. Pero las -- fuerzas armadas deben de ser una misma cosa y sus servicios deben ser siempre honrosos.

Para maniobrar, y puesto que la dispersión lo impone, las grandes unidades deben disponer de espacio. Repartiendo nuestras brigadas sobre todo el territorio nacional, se obtendría la profundidad necesaria; determinadas zonas del territorio, juzgadas más expuestas, serían dotadas con más medios; otras dispondrían de brigadas especiales (alpi

nas, por ejemplo); por último, ciertas brigadas podrían establecerse fuera de la metrópoli, previo acuerdo con los países afectados.

Dentro del mismo espíritu de renovación, los escalones de división y cuerpo de ejército podrían revisarse. Sus actuales intervenciones en las maniobras están dedicadas esencialmente al equilibrio, lo que desde luego es primordial para el fuego nuclear. Pero, ¿por qué no puede ser la brigada quien haga lo mismo, pasando a ser una unidad básica?. De las plantillas de ejército (tres o cuatro) que en tiempo de paz comprenden un cierto número de unidades orgánicas, se podrían constituir cuatro o cinco brigadas. Parece ser que así habría una simplificación de la cadena de mando muy favorable para la rapidez de decisión y flexibilidad de ejecución.

Un esquema vale más que una larga exposición; he aquí, resumidas, las nuevas estructuras preconizadas:



He aquí la adaptación de nuestro sistema que, poco ortodoxo, sin duda hará decir que se basa en el poder de la imaginación. Pero una nueva organización nos parece necesaria para que nos podamos beneficiar efectivamente de los logros técnicos; de la misma forma que es necesario un esfuerzo de imaginación para movilizar la tecnología en prove-

cho de la estrategia. Esta no se basa en los principios y organizaciones que han sido probados, pero que evolucionan sólo con cuentagotas (o centavo a centavo, ya que no se nos escapan las dificultades financieras) con respecto a las posibilidades del porvenir. No se puede vivir en el siglo del átomo, del misil y de la electrónica, según las reglas de la época del caballo y del sable, o del camión y del cañón.

* * *

Después de las estructuras, examinemos el empleo. Hemos dicho que, incluso en conflicto nuclear, las fuerzas armadas deben conservar la facultad de oponerse a los efectos tanto de un ataque clásico, como de una subversión generalizada. Pero, en estas tres formas de guerra, la movilidad, la seguridad, y un eficaz sistema de información, son indispensables para la supervivencia de las fuerzas. Vamos a ver como nuestro sistema de brigadas lo cumple.

La movilidad de nuestras unidades debe permitir en principio su rápida convergencia. Es decir, le favorecerá la movilidad aérea. Después del reinado del ferrocarril y de la carretera, que han permitido realizar rápidas concentraciones de medios durante la primera y segunda guerras mundiales, en el futuro se nos presenta la tercera dimensión. Esta última posee las mismas ventajas aumentadas de los dos medios de transporte precedentes, ya que se ve libre de los problemas del terreno y de la meteorología, que ofrece además la inestimable ventaja de la vitalidad. No hay que pensar únicamente en la convergencia de fuerzas aerotransportadas; es preciso pensar también en la convergencia de fuegos. En el futuro se utilizarán helicópteros totalmente armados, especialmente para la lucha contracarro. Así, gracias a sus posibilidades, la movilidad aérea constituye un medio privilegiado para el jefe; hace posible la maniobra, ya que participa en el combate.

Alguien se apresurará a objetar que estos medios son muy vulnerables. Pero, ¿es que pueden repararse fácilmente las pérdidas de la aviación, cuando vuela a baja altura? ¿Son verdaderamente más vulnerables que las columnas que marchan sobre las carreteras? ¿No son más aptos para esquivar que nuestros ingenios sobre cadenas? Por lo demás, ¿esta aviación, no supondría una forma de conseguir el dominio del aire? - Queda la cuestión de la vulnerabilidad ante el armamento terrestre, pero será preciso, previamente, una buena instrucción para identificación de aeronaves y reconocimiento del aparato amigo o enemigo, claro que esto es válido para el día, ya que de noche las condiciones cambian radicalmente.

¿Y el precio que hay que pagar por ello?, dirán los detractores. Ciertamente estos materiales cuestan caros; sin embargo, si los desembolsos permiten una aceleración en el proceso de los desplazamientos, tanto tácticos como logísticos, si aumenta de ma

nera notable la potencia de fuego, si permiten la modificación casi instantánea de la maniobra, ¿no merece la pena realizar estos desembolsos? Se trata del eterno problema de tener que elegir.

Para atender a la seguridad, consideramos que nuestras brigadas, repartidas sobre todo el territorio, pueden hacer frente a los acontecimientos, cualquiera que sea su naturaleza. No constituyen un objetivo nuclear importante. Bien pertrechadas de armas contracarros de gran potencia, pueden destruir carros y otros costosos elementos. Permitirían hacer frente rápidamente a una subversión armada, evitándose el desplazamiento de fuerzas pesadas. En fin, una vez desbordadas por el enemigo, pueden constituirse en guerrilleros, preparados para realizar destrucciones sobre la retaguardia enemiga, proporcionar información y preparar determinados asentamientos.

Hay que tener en cuenta que el empleo de estas fuerzas, deben armonizarse con el concepto estratégico de la NATO y que el combate debe poder realizarse fuera del exágono metropolitano francés. Ya que es imposible pensar que una quincena de brigadas podrían oponerse solas al enemigo potencial, exaltado por la victoria inicial que le permitiría aproximarse a las fronteras nacionales. Quince brigadas, incluso dotadas de armas nucleares, no obligarían al adversario a volverse a su casa.

Después de la seguridad, la información es otro pilar importante de la táctica. Nuestras brigadas deben entrenarse en la maniobra ofensiva y en la infiltración; especial énfasis se pondrá en la búsqueda y explotación inmediata de la información. Por otra parte, nuestras unidades flexibles, aptas para concentrarse o evadirse, deben permitir obtener los máximos y más rentables efectos de fuego.

Deben disponer para esto, de un sistema de búsqueda de información particularmente eficaz. Este contará con los medios técnicos más modernos; pero éstos adolecerán más o menos de falta de precisión. Habrá que completarles con los medios que utilizan más directamente la inteligencia y la iniciativa humana. Por lo tanto, los equipos ligeros de información, en nuestra opinión insustituibles, podrían ser puestos en acción dentro de distintos escalones y ser atendidos por cualquier unidad combatiente, pero la importancia de la selección del personal y su entrenamiento, requiere la creación de unidades especiales.

Por otra parte, se dará especial importancia a la mejora de las técnicas de explotación de la información. Pues el problema para el jefe es tener un exacto conocimiento de la situación, en todos los aspectos. Sólo a partir de un análisis correcto, es posible deducir una evolución probable. Por lo tanto, la cantidad y la complejidad de las informaciones a tener en cuenta en cada instante, requiere el uso de los técnicos de la informática. Por lo tanto, el mando necesitará un sistema automático de tratamiento de la información que permita reunir, presentar y preparar síntesis.

Hemos querido exponer que teniendo en cuenta lo que pensamos, será la futura amenaza, y los innumerables puntos de interrogación que actualmente existen, nuestras fuerzas armadas nos parecen muy incompletamente adaptadas a las eventualidades de un futuro conflicto y hemos esbozado otra organización.

A los que estiman que el desarrollo de las técnicas nuevas no pueden repercutir de forma tan radical sobre la organización y el empleo de las fuerzas, y que cuanto hemos dicho es ilusorio, les respondemos que sabemos resulta fácil atacarnos. Pero, - nuestra exposición ha partido de este concepto a nuestro juicio muy descuidado, el de la movilidad por vía aérea.

Por una parte, una amenaza por vía aérea aumenta la sorpresa, al permitir un envolvimiento vertical, nocturno, por x grandes unidades (x estará en función de la capacidad de transporte, muy importante, si se dispone del apoyo de la aviación civil).

Por otra parte, la posibilidad para el mando de aplicar mejor los conocidos principios de la concentración de esfuerzos, libertad de acción y economía de medios, gracias a la movilidad aérea. La concentración de esfuerzos obtenidos por la rapidez de convergencia, sea para la explotación de los efectos de neutralización (en guerra nuclear), sea para la destrucción contracarro (en la guerra clásica). La libertad de acción conseguida en parte por la disminución de nuestra vulnerabilidad (dispersión), por otra, mediante el aumento de las posibilidades de información. Por último, la economía de fuerzas, - equilibrio entre la concentración de esfuerzos y la libertad de acción -, conseguida gracias a los despliegues profundos, con la elección de maniobras sencillas y - con la alteración de periodos de concentración y dispersión.

* * *

"En la guerra todo está sometido al cambio, sólo el cambio es admisible", ha escrito Moltke. El sistema que hemos preconizado por imperfecto que sea, quiere modificaciones que hagan frente a los cambios, a las novedades que se producen en la esfera militar.

Creemos que es mejor no dudar en abogar por la necesidad de transformaciones profundas, en vez de mantenerse en peligrosas ilusiones. No volvamos a repetir el catástrófico caso de 1939. Entonces se creyó en el mito de la línea Maginot, posición defensiva que ocultaba un estado de moral de abandono. No sustituyamos el mito de Maginot por el mito nuclear.

Esto no es demostrar espíritu original, sino más bien constatar que nuestra adaptación de fuerzas es imperfecta, y que una reforma de estructuras, -y correlativamente de

las normas de empleo -, es necesaria. Ciertos abusos en las reformas parciales para paliar determinadas dificultades, proporcionan argumentos a los partidarios del inmovilismo. Consideramos que no es posible que una modificación profunda de nuestro sistema, no se piense y lleve a cabo paulatinamente, allí donde se requieren mejoras. Es preciso innovar, y no gruñir ni andar con remiendos. Si hemos aceptado las modificaciones producidas por los fuegos nucleares, debemos aceptar la renovación de las estructuras y del empleo de las fuerzas.
